

## Reseña de libro

---

*POR UNA ECONOMÍA DEL BIEN COMÚN.*  
Stefano Zamagni, Buenos Aires, Editorial  
Ciudad Nueva, Buenos Aires, 2013.  
Cecilia Sturla

---

Las crecientes crisis económicas que no parecen finalizar en un tiempo cercano, mueven a tomar interés especial en temas como la humanización de la economía y de la economía civil. Por ello, este nuevo libro de Stefano Zamagni trae cierto aire fresco al enfocar la ciencia económica en los valores perennes del ser humano como son la relacionalidad, el don y la gratuidad. El libro consta de doce ensayos en los cuales el autor nos introduce en la perspectiva de una economía que priorice el bien común como fundamento primero y último de la actividad económica.

En el primero de los ensayos, Humanizar la economía, elementos contra la resignación y la utopía, Zamagni postula que la teoría de *one best way* no es sostenible; no sólo por los resultados que la realidad nos muestra de este modelo –el crecimiento de la riqueza con índices nunca vistos, la extrema pobreza y la consecuente desigualdad social– sino porque, en definitiva, el progreso civil y el progreso económico no han conseguido caminar juntos. Está claro que para que podamos avanzar de ese ámbito de confort que nos da la lectura de una economía civil y por lo tanto más humanizadora, necesitamos ver ejemplos concretos, y para ello el autor nos remite a las cooperativas donde la reciprocidad se

concreta en el mutualismo y en las empresas de la economía de comunión, donde la reciprocidad supera los límites de la misma gratuidad.

Luego, en el ensayo Sobre ciertos mitos de la condición juvenil en la era de la globalización, el autor hace referencia a dos grandes mitos erróneos. El primero es el mito tecnológico, que sostiene que se debe hacer todo lo que se pueda hacer, creyendo que el avance de los conocimientos científico-técnicos resuelve por sí solo todos nuestros problemas de elección y que todo puede resolverse esperando. El segundo mito es el del individualismo axiológico, que manifiesta que toda la realización personal pasa por uno, desconociendo el valor fundamental de la relacionalidad y de la felicidad: el bien de la persona se alcanza en la medida en que reconozco al otro como necesario para mi propia felicidad. No es posible ser feliz en solitario, porque la felicidad se da, por lo menos, entre dos.

Más adelante, se postula un interrogante –¿Cuáles son las razones por las que la ciencia económica se ha olvidado de la relación interpersonal?–, alrededor del cual gira el tercer ensayo: Un giro antropológico en economía: el retorno a la relacionalidad. Las virtudes cívicas y los sentimientos morales tienen profunda influencia en la ciencia económica, aunque ésta no se anime a reconocerlo ¿Por qué, entonces, ahora se está volviendo a la idea de una economía civil, en la línea de Genovesi, Beccaria y otros? Esto se debe a dos razones fundamentales: una de ellas es el haber tomado conciencia de que la hipótesis aditiva no está confirmada por la realidad. Recibir un pago por acciones que hubiera

hecho la persona sin necesidad de él, disminuye la consideración social y baja el autoestima, porque la persona actúa movida por su sistema de valores, no siempre por el *self-interest*. La segunda razón es la paradoja de la felicidad: la relación entre renta *per capita* y bienestar subjetivo no es una magnitud directamente proporcional. Es más, a partir de cierto nivel, el aumento de la renta *per capita* hace que disminuya el bienestar subjetivo. En definitiva, el individualismo –sostiene el autor–, es “una estupenda guía para la utilidad, pero es un mal compañero para la felicidad”.

En el siguiente ensayo: Economía civil, evolución cultural y desarrollo. Una investigación teórica, el autor sostiene que a la polaridad que tiene la ciencia económica de explicar el desarrollo en términos maniqueos (Estado-mercado), urge ampliar sus horizontes, introduciendo variables hasta ahora relegadas: los bienes relacionales y la reciprocidad. Para que el desarrollo sea sostenible, exige en sus mismas raíces un alto grado de cooperación que a su vez se fundamenta en los vínculos de confianza entre los agentes económicos. A través de un estudio detallado, las páginas que siguen muestran cómo los intereses relacionales pueden convivir con los intereses propios. Estos datos demuestran que en la economía civil no se trata de un “aut-aut” entre la maximización de la ganancia y la reciprocidad, sino de un “et-et”, en el que ambos factores pueden y deben ser el motor de una economía hacia el bien común.

Si sostenemos que las teorías económicas influyen en maneras de comportamiento, no es difícil entonces concluir que entre ambas ciencias debe haber una relación de complementariedad. De esto trata el ensayo: Por la recuperación del diálogo entre economía y ética. Una persona no transgrediría una norma moral por coacción, sino porque su constitución moral se lo impediría. Se trata entonces de profundizar en la constitución ética de las personas porque “hacer el bien” es ofrecerle una comprensión más completa de su propio bien.

Posteriormente, el ensayo que sigue: Democracia, libertad positiva y desarrollo describe fenómenos como la globalización, sus efectos positivos (permite la disminución de la pobreza absoluta) y sus efectos negativos (la pérdida de los valores nacionales culturales

y el aumento de la pobreza relativa), los cuales –según el autor– necesitan ser encausados con una nueva visión ¿Qué elementos debería contemplar hoy la filosofía política? Básicamente Zamagni propone tres elementos: el intercambio de equivalentes, el principio de redistribución y el principio de reciprocidad. La democracia o es participativa o termina siendo parte del asistencialismo de un “Estado benevolente” o de un “capitalismo compasivo”. Esto requiere pensar en estrategias donde la inclusión se dé en el circuito mismo donde se produce la riqueza y no sólo donde se la redistribuye. Tres son las propuestas económicas de Zamagni a las que los católicos estamos llamados a realizar: 1) La realización de un mercado plural; 2) La creación de un mercado de calidad social; 3) La puesta en marcha de una amplia campaña para fomentar el tipo de consumidor responsable. Esto nos lleva a sostener que es dentro del mercado y no fuera, ni por debajo de él, donde vamos a lograr una igualdad de oportunidades, sin necesidad de tener un Estado benefactor ni de iniciativas meramente altruistas.

El siguiente ensayo se dedica a El fundamento ético y la crítica a la responsabilidad social de la empresa. Postula que la responsabilidad social de la empresa (RSE) tiene sus defensores y también sus detractores. Los que la atacan, lo hacen sobre la base de que la economía, por sí sola, legitima el accionar de los empresarios y que si la empresa busca la maximización de la ganancia, ese bien material va a dar por resultado un bien social, en la medida que la empresa cumpla con las normativas vigentes respetando las reglas de juego. Pero, según el autor, caen invariablemente en una petición de principio: “la tesis anti RSE, para ser válida, presupone la existencia de mercados de competencia perfecta y de los fundamentos de mercado. (...) Pero la RSE es necesaria precisamente porque las cosas no son así, como todos sabemos”. Toda institución debe promover las virtudes cívicas y para que estas puedan realizarse efectivamente, de la única manera posible es mediante la motivación intrínseca de las personas por códigos morales virtuosos (A. Smith, *La teoría de los sentimientos morales*, 1759). Y eso, sí sería una evolución moral.

Asimismo, nos preguntamos ¿qué se manifiesta antes, la democracia y ello lleva

al desarrollo económico, o el desarrollo económico que luego da pie a la democracia? Sobre este tema gira el ensayo: Democracia, desarrollo económico y fraternidad. A pesar de que el nexo lógico parece indicar que la democracia conduce al desarrollo, las pruebas empíricas actuales, sostiene Zamagni, no dan respuesta al interrogante. “Si se acepta -como creo que debe hacerse- que las libertades democráticas forman parte de los derechos humanos fundamentales, entonces no es aceptable la postura de quienes piensan que se debe activar inmediatamente la palanca del desarrollo económico para llegar, a largo plazo, a la democracia”. Esto es claro ya que los derechos fundamentales de una generación no pueden hipotecarse en favor de otra.

Sabemos que el hombre no siempre “da para recibir”, ni siempre “da por deber”. Entonces ¿cómo no contemplar esta naturaleza humana en las leyes del mercado para de esta manera empezar a civilizarlo? El sentido de la empresa social es hoy ampliar su radio de acción y su sostenibilidad. Lo que erosiona el vínculo social, dirá Zamagni, no es propiamente el mercado, sino un mercado reducido a mero intercambio de equivalentes (lo que llama *mercado incivil*).

Desde el humanismo italiano, que vio crecer la figura del mecenas, pasando por la sociedad industrial, en la que creció la figura del capitalista-filántropo, y en la era posmoderna, donde el emprendedor social cobra protagonismo, llama la atención esta necesidad del hombre de agregar a los movimientos del mercado, personas que persigan fines no sólo de naturaleza económica, sino y sobre todo, sociales. De esto trata el ensayo: Mecenas, empresarios filántropos y emprendedores sociales: el punto de vista de la economía civil.

Zamagni, en el que consideramos que es el ensayo más logrado del libro, sostiene que la columna vertebral del modelo de civilización ciudadana es la economía del mercado y éste se fundamenta en tres pilares: 1) La división del trabajo que reúne a todos, incluso los menos dotados, para hacerlos partícipes del mercado. Si no fuera así, tendríamos que recurrir al asistencialismo, cosa que no es una solución (como recordaba la escuela franciscana: el asistencialismo ayuda a sobrevivir, no a vivir); 2) Orientar la actividad económica al desarrollo, y en consecuencia, a la acumulación. Porque

cada generación debe dejar en herencia a las generaciones siguientes algo más de lo que recibió. Así, una parte del capital social sobrante debe destinarse a inversiones productivas cuyo sentido sea transformar la economía; 3) El principio de libertad de la empresa. La libre interacción de los individuos hace que cada uno persiga *racionalmente* su propio objetivo bajo un conjunto de reglas bien definidas. La competencia, lo que genera es estimular el espíritu emprendedor y obligar al cálculo racional.

A estos tres elementos el autor agrega un cuarto, que consiste en el fin al que tiende toda organización social. Éste es el bien común o el bien total, y en función de ello, se planteará una economía civil o una economía capitalista. El bien común, distinto del bien total, es el comportamiento inspirado en el principio de reciprocidad: te doy algo para que a su vez puedas dar algo a un tercero. Esta noción, es la misma que afirma Paul Ricoeur (cita Zamagni): “la entrada de un tercero en la relación intersubjetiva es lo que crea y mantiene viva la sociedad”.

El ensayo que sigue: Doctrina social de la Iglesia y bien común, manifiesta que la Doctrina Social de la Iglesia (DSI) no es una ideología más entre el capitalismo y el socialismo, es algo que se reconoce sin mayor dificultad. Ello se sustenta en que la DSI no quiere “establecer una teoría ética” sino que su misma eticidad nace de la naturaleza humana. No quiere establecer cómo deben ser las acciones, sino que se limita a mostrar el orden que se encuentra en la naturaleza en tanto *creata*. Por ello, el ámbito de estudio propio de la DSI es la teología y más específicamente, la teología moral. El tema central para la DSI, es crear un orden social no sólo justo, sino fraterno. Allí radica la diferencia y la aceptación de una economía de mercado que contemple todas las posibilidades del ser humano, y que dentro del esquema económico se de igualdad de oportunidades a todos los miembros de una sociedad, no sólo a los más capaces.

Además, el libro consta de un apéndice donde el autor reflexiona acerca de la Caritas in Veritate, profundizando en la temática propia de la economía civil. Sin dudas, es un libro interesante que profundiza la línea desarrollada por el autor en las últimas décadas.